

Érase una vez, en el bar de Balamb

— ¡Tabernero, cerveza!—vociferó desde su mesa un gigante de ébano, de cráneo pelado y con las orejas perforadas por brillantes aros de plata—. ¡Y por el amor de tu mujer, más te vale que esta vez sea de la buena!

—Bueno, Max—dijo la dueña del bar—, ¿piensas hacerte de rogar durante mucho más tiempo? Anda, hoy tienes un público muy concurrido, cuéntanos una de tus historias.

—No atosigues al bueno de Max, Alicia—dijo el segundo SeeD, un hombrecillo de pelo rojo que vestía un ajado traje de gala—. ¡Todos sabéis que antes de extasiaros con su atronadora voz de oso necesita refrescarse el gaznate!

—Eso es muy cierto, Murphy—respondió Max—. ¿Tabernero, viene o no viene esa cerveza?

—Viene, ¡pero por última vez te digo que esto es un bar y no una taberna! ¡Por lo tanto soy el camarero!

—Mientras me sirvas rápido, por mí como si quieres hacerte pasar por el presidente de Esthar.

—¿Y la historia...?

—No seas pesada, mujer, déjame beber primero.

—¿Y la historia...?—insistió Alicia con un fulgor peligroso en sus ojos rasgados. Su interés por el relato no era sólo por el placer de escuchar un buen relato, las historias de los tres SeeDs suelen poseer el milagroso don de atraer a la clientela.

— ¡Cuidado que eres...! ¡Ay! ¿Con qué me has pegado, mujer...? ¿Una colleja? ¡Por dios que no te creo! ¡Cuernos de los Hermanos, aleja esa jarra de mi cabeza! Está bien, maldita lunática, está bien; te contaré la condenada historia.

»Esta historia ocurrió hace alrededor de un mes, y empieza cuando los protagonistas (unos tipos muy carismáticos y dotados de una simpatía especial) reciben una llamada de su director, el viejo Pilatos. Al llegar al despacho de su director, encontraron a este sumido en una agradable charla con su futuro cliente... eh, Murphy, tú que eres dramaturgo, o que al menos juegas a serlo, ¿cómo describirías a aquel hombre?

Sin apartar los ojos de la mesa, el SeeD de pelo rojo respondió:

—Yo diría que era alto, pero no una torre; diría que me pareció delgado, pero no un palo de escoba; diría que era de piel pálida, pero no de ese tono enfermizo, macilento, propio de vampiros y de los que no se quedan muertos. Unos rizos rubios enmarcaban un rostro atractivo, como el de un actor, y severo, como el de un juez. Dicho rostro se encontraba dominado por una nariz larga y ganchuda, por las cejas tupidas y por ojos unos feroces, como los de un wendigo. Su cuerpo tenía una curiosa forma cónica, principal culpable de que el elegante traje rojo no le sentase demasiado bien. Hablaba y sonreía mucho, aunque pronto nos demostró no ser hombre demasiado locuaz...

—Gracias por tan esmerada descripción, Murphy, ya sigo yo... ¿Qué? ¿Qué quieres Woody?

Max observó con atención los signos que trazaban las ajadas manos del tercer SeeD, un hombre alto con la mandíbula deformada por severas quemaduras.

—Woody, como buen animal de costumbres que es—dijo Max con el ceño fruncido, en cuanto su compañero hubo terminado de comunicarse—, tiene poco que aportar a nuestro relato.

Tabernero, mi compañero quiere un bocadillo de queso. Bien. ¿Por dónde iba...?

—La explicación sobre nuestro trabajo fue corta, concisa y narrada de una forma autoritaria, cuasi despectiva—dijo Murphy.

—Todo muy cierto. También hay decir que nuestra misión no era tarea fácil. Aquel petimetre de sobacos perfumados nos pidió matar a una bruja afincada en Deling.

Max guardó un silencio lleno de dramatismo.

—Al parecer—continuó tras lograr el efecto deseo—, la tal bruja, que era una muy mala mujer, se llamaba Eris... ¡Woody, por la lanza de Odín, que no pienso pedirte nada más! ¡Si quieres algo habla con Murphy, pero a mí deja de interrumpirme! En fin, respecto a la bruja Eris, como en aquel momento aún no la conocíamos, describirla a estas alturas del relato sería algo incongruente.

Bueno, después de que nos describieran los pormenores de la misión, nos dirigimos aquí con la intención de coger el ferry. Pero antes de subir al barco y dirigirnos hacia Galbadia, fuimos a

hacer las últimas compras. Ya sabéis, ponernos al día con las pociones, las colas de fénix... Y a Woody le gusta ir bien aprovisionado de colirios.

Teníamos pensado hacer nuestras compras en la tienda de Klaus, pero por desgracia se encontraba cerrada por reformas, por lo que tuvimos que conformarnos con un buhonero que pasaba por allí; un hombre de edad maduro y extremidades chirriantes...

—Sí. Todo eso; y además le seguía un tufillo a hideputa que enseguida te avisaba de que el hombre no tenía más trazas que las de joderte.

—Santo Dios del cielo, Murphy ¿es no vas a olvidarlo nunca?

—La estupidez ajena no se olvida con facilidad.

—¿A qué te refieres?—preguntó Alicia.

—A nuestro amigo el buhonero, el mismo gentilhombre que nos vendió unas pociones el doble caras que sólo reponían la mitad de la salud, nos ofreció un novedoso artículo conocido como Picos de Chocobo. Los cuales, supuestamente, tenía como gracia el causar un aumento en la velocidad de tus movimientos. Pero finalmente no tuvo más resultado que el hacer ir un considerable número de veces al lavabo. ¡Sonreíd, compañeros! ¡Fue el viaje en ferry más divertido que he tenido la ocasión de sufrir!

Max se secó el sudor de la frente con una mano enorme.

—Me equivoqué, lo reconozco. Pero Murphy, de verdad que no me explico cómo puedes vivir así, siendo tan cínico y pesimista. Andas por al vida creyendo que cada persona que te mira piensa en jugártela o en robarte a la mujer. Y créeme, nadie quiere robarte a tu mujer. Y no es fea tu mujer, no, pero tiene un genio más abominable que el de Bahamut.

—Exageras, algo que en ti ya es oficio y costumbre—bufó Murphy sin alterar el tono de voz—. Yo sólo decía que a veces viene bien cultivar un sano escepticismo.

—¡Bah! ¿Te parece productivo tanto escepticismo?

—¡Claro que sí! Impide que cualquier zángano monotemático te estafe.

—¿Monotemático?

—¿De qué habla un estafador?, de estafas. Lo que parece una vasta cultura de diversos temas no es más que una elaborada estrategia que siempre nos conduce al mismo fin: tus bolsillos vacíos.

—Por favor, seguid con la historia—pidió Alicia con una sonrisa bailándole en los duros rasgos.

—La travesía por barco ya lo ha descrito Murphy con suficiente precisión, por lo que no es necesario que yo añada nada más.

Exceptuando el encuentro en el bosque, el resto del viaje no ocurrió nada digno de mención.

Aquella noche la luna estaba en el cielo, las estrellas se apagaban y se encendían, y ocurrían todas esas cosas que sirven para dar ambiente a una historia. Mis compañeros dormían y yo montaba guardia. Recuerdo que me encontraba comiendo uno de los deliciosos bocadillos de la cafetería, cuando de repente, sin lugar a dudas de una manera mágica, y tan sobrenatural como se pueda imaginar, apareció la bruja de Eris. Era ella mujer muy hermosa; ya sabéis cómo son estas cosas, era la más hermosa de todas las mujeres.

Un murmullo admirativo recorrió la multitud del bar, y Max asintió con solemnidad.

—Sí, aquella comadre del infierno vino hacia mí con la intención de tentarme, pero yo soy un tipo duro y no cedí a sus provocaciones, sino que desenvainé mi hacha de guerra, y corté su cabeza. ¡Las hierbas del bosque se tiñeron de rojo carmesí!

—Eso no es lo que yo vi—intervino Murphy sin levantar la mirada de la mesa—. Mala en verdad fue nuestra fortuna, muchachos, pues las brujas no son como en los cuentos. ¡No! son jóvenes, hermosas y misteriosas, con un gran carácter y una personalidad muy marcada. ¿Qué más puede desear el hombre romántico? Aparte de dinero para sufragar sus viajes, nada. Digo ay, porque en este mundo no hay espacio para las viejas caducas de verrugas imposibles y cabellos de estropajo, y esa, amigos míos, estuvo a punto de ser nuestra perdición...

—Murphy, por bondad callarás.

—Max, por verdad a la historia hablaré. ¿Queréis que continúe la historia?—preguntó a sus oyentes.

—Sí—respondió el entusiasmado coro del bar.

—Pues bien. Estábamos en medio del bosque y habíamos recibido la visita de Eris. Hasta ahí, todo lo narrado por mi compañero es cierto al cien por cien. La diferencia entre su relato y el

mío, es que yo no vi la decapitación de una hermosa mujer, sino a mi compañero coqueteando con lo que parecía un cruce grotesco entre la mujer que describe mi compañero y un perro, con ojos, tentáculos y escamas en lugar de pelos. Como la situación era crítica, y no se podía confiar en el poco ligero sueño de Woody, me tocó a mí resolver la situación del mejor modo posible. ¿Qué hice? Como siempre me acuesto con el lanzagranadas cargado con una granada de onda expansiva, cogí mi arma y disparé. Sí, era peligroso para la integridad de mi compañero, pero no tenía tiempo para concebir un plan mejor. Además el resultado fue satisfactorio. Ciertamente Max tuvo que terminar el viaje hasta Deling con los oídos taponados, pero al menos continuaba vivo.

Al comentar el extraño episodio a la mañana siguiente, ninguno de nosotros tuvo la menor idea de cómo había sucedido nuestro encuentro con Eris. ¿Alguien nos había traicionado? ¿Había sido producto de la casualidad? No lo sabíamos. Tampoco nos creímos ni por un momento que hubiésemos cumplido nuestro encargo, así que continuamos con nuestro viaje hasta Deling.

—Llegamos a Deling—dijo Max con los dientes prietos—. Y nos pasamos el primer día investigando la ciudad, disfrazados para la ocasión como civiles. Mientras Woody buscaba su nido, Murphy y yo inspeccionamos la ciudad. Lo que encontramos fue preocupante, no voy a engañaros. El temor estaba plasmado en el rostro de sus ciudadanos, caminaban con las cabezas gachas y arrastrando los pies por el suelo...

—No será tanto, joven—opinó con un bufido un anciano desdentado.

—Tú no estabas allí, maldita ruina decrepita, por lo que no me digas que estoy exagerando.

Uff..., en cuanto me serene continuo, pero os advierto: no pienso tolerar más interrupciones. Y tú, Alicia, DEJA LA JARRA ENCIMA DE LA MESA. Bien...

»Siguiendo con nuestra inspección, llegamos a una casa opulenta, magníficamente construida, sin lugar a dudas la casa más grande de todo Deling. Como es normal, le pedí a mi fiel segundo que entrase a echar un vistazo. Y el resultado fue, como todos podéis imaginar, que mi querido compañero se negó.

»—Puedes confiar en mi intuición, comandante—me dijo—, si entramos ahí nos espera un destino peor que la muerte. Estoy tan convencido que me parece innecesario ir a comprobarlo.

»— ¡Por el gélido coño de Shiva, Murphy!—exclamé yo— ¡Eres un penurias! ¡Mueve el culo de una vez! ¿Woody, has localizado tu nido de pájaro...?

»— ¿Qué es un nido de pájaro?—preguntó uno de los clientes.

—Es un lugar donde un pájaro pone sus huevos—dijo Murphy con total seriedad.

El parroquiano arrugó su rostro marchito en un gesto compungido.

—Ah...

—Y además de eso—dijo Max, fulminando a su pequeño compañero con la mirada—. Es un lugar alto con una visión de trescientos sesenta grados; ideal para que un tirador se ponga las botas. ¿Por dónde iba...?

»Ah, sí...

»Woody se limpió las migas de la boca con un pañuelo y comenzó a hacer signos como un poseso.

»—No me interesan los detalles técnicos—le dije en cuanto terminó—. Por el rayo de Quetzal, Woody, no hables, límitate a hacerlo.

»Woody asintió, esa era la señal de sí.

»— ¿Alguien tiene algo parecido a un G.F?—preguntó Murphy mientras cargaba el lanzagranadas.

»—Fui a la oficina de registros a pedir uno y me dieron esta lámpara—respondí yo, que soy el líder y el único del grupo que se preocupa por la logística.

»Murphy puso los ojos en blanco.

»— ¡Llamas de Ifrit!—exclamó, imitándome con más bien poca gracia— ¡Si la frotamos igual nos sale un genio! ¡Tres hombres por tres deseos! ¡Es sencillamente, genuinamente, maravilloso!

»Woody hizo signos.

»— ¿Qué dice?

»—Que en esa lámpara está encerrado el G.F Diablo.

»—La dama de la suerte nos quiere tanto que nos ha guiñado los dos ojos. ¡Diablo! Ja, ja, ja  
¡Precisamente el guardián más inútil!

»— ¿El más inútil? ¿Y qué me dices de Odín? ¡Ese ingrato remedo de dios sólo aparece cuando le da la gana!

»—Al menos su aparición hace algún efecto.

»—Diablo es mortal contra dragones.

»—Eso dices tú, pero nosotros nunca hemos tenido la oportunidad de comprobarlo.

»—No es culpa de Diablo que en nuestras misiones escaseen los dragones...

»—Es culpa de Diablo el ser sólo efectivo contra dragones.

»— ¡Basta!—exclamé yo, pues Murphy es capaz de rezongar sobre temas inútiles hasta que los percebes canten bulerías—. No es el momento adecuado para nuestra discusión. Woody, ponte a bailar.

»Sin hacer un solo signo más, Woody, se marchó a su nido de pájaro; el cual resultó ser un viejo campanario sin techo. Desde allí disponía de una panorámica perfecta. Si os interesa saber cuál era nuestro plan, os diré que era muy sencillo, y que ahí radicaba su genialidad. Nosotros atacaríamos la »casa de la bruja, donde aguantaríamos el envite de Eris y de sus hordas hasta que a la bruja se le acabase el poder mágico.

»— ¿De verdad seguisteis ese plan?—preguntó Alicia con los ojos abiertos como platos.

»—Sí. ¿Qué tiene de raro?

»— ¡Es un suicidio! ¿Y cómo sabías que la bruja saldría de su casa para haceros frente?

»—Obviamente lo deduje. En cuanto a que nuestro plan sea suicida... He de decirte que todos nuestros planes suelen ser muy parecidos, y como ves, los tres seguimos vivos.

»Pusimos el plan en marcha a la mañana siguiente, a la hora en que las calles estaban totalmente despejadas de transeúntes. No sé cómo, pero la bruja se percató de nuestro plan antes de que llegásemos a entrar en la casa, por lo que el plan A se fue a la mierda incluso antes de empezar. Por suerte teníamos un plan B, el cual era idéntico al A, exceptuando que este plan se daría en los exteriores de la mansión.

»Entonces ella apareció ante nosotros como una furia de hielo y fuego, y verla era terriblemente fascinante. No venía sola; sus adoradores se movían a su alrededor como una secta de fanáticos adorando a un dios. Yo recé a mi propio dios, e invoqué a Diablo.

»Comenzó la batalla. Los hechizos de fuego rugieron ferozmente, luchando en un frenesí ígneo contra las explosiones provocadas por las granadas de Murphy.

»Los rayos danzaban a nuestro alrededor. Las fuerzas gravitatorias, los ataques de Diablo y los hechizos lanzados por Eris, luchaban entre sí, repeliéndose y anulándose, combando el espacio de nuestro alrededor. Los coches y las casas se abollaban, se rompían, se quebraban, empujados por fuerzas invisibles. Decenas de monstruos fueron engullidos por los agujeros negros. Adónde fueron, no lo sé, después de la batalla no reaparecieron. Mi hacha nunca estuvo tan solicitada como aquel día gris de diciembre. Por cada monstruo que partía por la mitad salían otros dos de la nada. Por cada hechizo que esquivaba se me venía encima media docena más. Por cada cabeza que rompía me veía obligado a retroceder media docena de pasos, con una nueva herida y soltando espumarajos sanguinolentos por la fuerza con la que me mordía los labios. Estaba completamente desbordado, y a Murphy no le iba mejor. Las balas torbellinos de Woody hacían lo que podían contra los monstruos, y de vez en cuando, por una azarosa tirada del destino, se encontraban con los titánicos hechizos aero de los elviore. Recuerdo que en medio del torbellino enloquecedor de la batalla, como me ha sucedido otras tantas veces, me acordé de mi cliente y de sus vivos y sus muertos.

»La batalla se prolongó durante buena parte de la mañana y de la tarde, con nosotros retrocediendo varas y varas, luchando por turnos hasta que uno de los dos caía de rodillas, completamente agotado. No sé cómo, pero aguantamos el tiempo suficiente para que las defensas de la bruja pudiesen ser destruidas por la bala iónica de Woody. Ver el cráneo de la bruja destrozado por la bala de nuestro tirador, fue la más hermosa que he visto en toda mi vida. Con la muerte de Eris, los monstruos huyeron en desbandada y nosotros dimos el trabajo por terminado.

»Y esta es la historia de la muerte de Eris. ¡Plaudite, amici, comoedia finita est!